

THOMAS L'OSBCUR, O HACIA UNA NUEVA EXPERIENCIA DE LECTURA

Azucena G. BLANCO
(*Universidad de Granada*)

Leer a Maurice Blanchot es diferente
a cualquier otra experiencia de lectura.
PAUL DE MAN, *Visión y ceguera*

“Pienso (leo), luego no existo”
M BLANCHOT, *Thomas el oscuro*.

INTRODUCCIÓN

La lectura ha sido para la teoría de la literatura en el siglo XX uno de sus lugares comunes. Si bien las posturas desde las que se ha abordado su estudio han sido divergentes, de acuerdo con el lugar que le fuera otorgado a la lectura/lector con respecto a las otras dos variables del proceso: el texto mismo y el autor de la obra. Desde las teorías formalistas de principios de siglo y los estructuralismos claramente inmanentistas, hasta la Estética de la Recepción que definía la Literatura a partir de su naturaleza

comunicativa, la lectura y el lector adquirieron diferentes grados de protagonismo. Por otra parte, las diferentes hermenéuticas privilegiaron el método hermenéutico no sólo en el estudio de la literatura, sino también en el de la filosofía (Gadamer, Ricoeur, entre otros). También las teorías deconstructivas y particularmente, la Escuela de Yale, reformularon la estrategia de aproximación a la lectura como “acto perlocutivo” en sí mismo (Hillis Miller, *Speechs acts in literature*, 2001) o como un medio de evidenciar las estructuras tropológicas que deconstruyen a todo texto, enfrentándose de este modo a la metafísica que parecía sustentarlos (Paul de Man). En este último sentido, expresaba Paul de Man en el prefacio a *Allegories of reading* (1979):

Lo que emerge es un proceso de lectura en el cual la retórica es un entrelazamiento desarticulado del tropo y de la persuasión o – de lo que no es enteramente lo mismo – de los lenguajes cognoscitivo y performativo. (De Man, 1979: trad. p. 10).

En relación con este breve contexto, podría afirmarse que la postura de Blanchot se encuentra sin duda más cercana a este último pensamiento, dada la importancia otorgada al texto y la capacidad performativa que se le atribuye al mismo, como va a verse. No obstante, Blanchot se aparta de éstas en tanto que no renuncia por completo a la fenomenología de la lectura, en un paradójico proceso de *no dejar de enfrentarse al mismo tiempo* a esta imposición fenomenológica del lector.

Para la exposición de las ideas de Blanchot sobre la lectura se ha escogido una de sus primeras novelas, *Thomas l’obscur*. Pues Blanchot mismo trabajó en la problematización de la tradicional oposición entre filosofía y literatura, y ello lo aplicó sin duda

a su propia práctica ficcional. Así lo ha visto también Manuel Asensi quien en su *Historia de la teoría de la literatura* (Asensi, 2003: 349) pone el acento en la influencia que la escuela de Iena tuvo al respecto en la escritura de Blanchot y de otros protagonistas de la teoría de la literatura y la filosofía del XX (Sklovski, Heidegger, Bachelard, Barthes, Derrida, de Man). Como afirma Asensi, no se trata de teoría *de* la literatura, sino de “teoría *en* la literatura”:

La escritura de Blanchot está en la línea de aquello que F. Schlegel denominaba “poesía trascendental” o “sim-poesía” para designar precisamente ese género llamado literatura que todo lo incluye, que no tiene límites y que está hecho de contradicciones (Asensi, 2003: 349).

Por su parte, lo que Blanchot va a plantear en esta obra es la posibilidad de “leer de otra manera”, en tanto que propone una transformación de la experiencia de la lectura que no podía seguir siendo la identificación autor-texto-lector, de raigambre romántica y que la Fenomenología había prolongado. Pues, como explica Roberto Aguirre sobre la Fenomenología de la lectura de Iser, “existe, al estilo del *Dasein* de Heidegger, una pertenencia ontológica lector-texto previa al acto de lectura”; pertenencia que admite un movimiento comprensivo del signo al acto y de éste al ser del yo (Aguirre, 2005: 5).

Ahora bien, ciertamente Blanchot en su crítica de la ontología de la Fenomenología admite esta co-pertenencia del ser del lector y del texto, co-pertenencia que inaugura sólo *la experiencia de lectura*. Blanchot realiza una crítica al lector tradicional que sustentaba el pensamiento metafísico dominante en Occidente (metafísica de la presencia) desde la condena que hiciera Platón al lector *fascinado*¹

hasta la actualidad. La novela *Thomas l'obscur* sería entonces una revisión de la antigua "literatura como experiencia", que invierte la dirección de experimentación: no se trata ahora de la experiencia del lector en relación al texto, sino del texto sobre el lector.

La investigación blanchotiana se levanta así desde el pensamiento de una nueva lectura, una nueva forma de leer y una hermenéutica en la línea defendida por de Man en *Allegories of reading* o Foucault en "Nietzsche, Freud, Marx", 1967: *Dits et Écrits*.

La propuesta de lectura sostenida por Blanchot, en *Thomas l'obscur*², la realiza particularmente, desde la configuración retórica de los mismos, en los primeros capítulos del texto; hasta la aparición en escena del otro personaje principal, Anne. A partir de este capítulo, *Thomas l'obscur* desarrolla un tema recurrente en Blanchot: el mito de Orfeo y Eurídice como la relación imposible entre literatura y realidad, respectivamente. Así pues, la novela dice más allá de la problemática del lector, pues está construida a partir de una lucha-diálogo con la ontología "de la literatura" heideggeriana en toda su extensión.

Por otra parte, a partir de la nueva relación entre texto y sujeto, sujeto y escritura, se apunta a una consideración original del sujeto en Blanchot en irremediable diálogo/enfrentamiento con el ser heideggeriano y su ente privilegiado, el *Dasein*. De modo que se establece un diálogo con Heidegger, podría decirse, desde el interior mismo de éste, contradiciendo y negando sus presupuestos. A la vez que Blanchot dialoga con Foucault, en cuanto

¹ En un artículo anterior trataba la crítica que Platón realiza de la lectura en Ión, personaje que encarnaba uno de los mayores temores platónicos: la confusión entre lectura y anámnesis. Véase: "Ión: el lector fascinado". *Jizo. Revista de Humanidades*, 4-5, 2005.

² Se trata aquí de la "nouvelle version" que data de 1950.

a su concepto de literatura y su proyecto de realización de una ontología de la literatura³.

Podría afirmarse, entonces, que esta novela contiene varios de los temas centrales en los escritos y ensayos de Blanchot: la lectura, el ser y el lenguaje, la literatura y su nada material, y su relación con la realidad. No obstante, en el texto presente sólo va a ser desarrollada la problemática de la lectura en una perspectiva doble. La escritura blanchotiana, por una parte, en relación con la identidad del personaje. Se tratará de responder, por tanto, entre otras, a la pregunta quién es Thomas y cuál es su experiencia *de* la lectura, y las consecuencias de esta experiencia de la lectura para la ontología de la literatura que desarrolló en sus ensayos, principalmente en *L'espace littéraire*.

LA EXPERIENCIA DE LA ESCRITURA

La literatura, como el pensamiento, sólo es experiencia de sí misma y para sí misma (...). Es el espacio del extranjero.
“Lo extraño y lo extranjero”,

MAURICE BLANCHOT

La pregunta sobre la identidad de Thomas se hace necesaria desde el enigmático título elegido por Blanchot: Thomas es “el

³ Del mismo modo que la atención hacia la literatura de Foucault no puede entenderse al margen de los presupuestos blanchotianos. Por lo que surge una concepción imposible de atribuir sin referirse mutuamente. Esta construcción conceptual sólo es posible desde la asimilación de la idea de la “muerte del autor” como autoridad dominante. Los textos de Foucault y Blanchot, en esta problemática, formarían entonces una red textual “sin origen”, según una lectura horizontal de las obras de ambos.

oscuro”. La pregunta se antepone al texto: ¿Quién es Thomas? o, incluso, ¿qué es Thomas? — ¿podría tratarse de una figura alegórica? — pues no se puede restringir desde la misma pregunta, la respuesta, como advertía Blanchot en un texto publicado en 1989: “Qui?” (Blanchot, trad. 2002: 28-39). En este texto dialogado y, sin embargo, impersonal, neutro, Blanchot desarrollaba una problemática que Foucault había abierto varios años antes: *¿quién viene después del sujeto?* (*Les mots et les choses*). Respondía, entonces Blanchot: después del sujeto, lo Neutro.

Del mismo modo, Thomas se perfila como la figura de lo Neutro según va a verse. Lo neutro en Blanchot se enfrenta al tiempo que desarrolla la cuestión del ser, en tanto que establece un diálogo con Heidegger dentro del marco de su “ontología de la literatura”. Como afirma Alberto Ruiz Samaniego en “Maurice Blanchot: una estética de lo neutro” (2002) “lo neutro no se deja atrapar en la problemática del ser”, pues el ser no es un neutro, no es todavía más que una pantalla para lo neutro (*L’amitié*). Al tiempo, según Samaniego, lo Neutro se enfrentaría al pensamiento centralizado y unitario, oponiendo a éste un pensamiento falto de origen:

Una estética de lo neutro es aquella que hubiera cesado de pensar y obrar sólo con miras a la unidad o la esencia, para hacer de las relaciones de palabras, cosas y aconteceres un campo propiamente disimétrico en el que rige la discontinuidad, capaz de franquear las dos orillas que separan el abismo de lo otro o desconocido en su distancia infinita sin colmarlo, sin re-unirlas (Samaniego, 2002: 111).

Thomas podría “ser leído” como la figura del lector que enuncia/experimenta lo Neutro, entre alegoría y personaje. Pues, efectiva-

mente, sobre Thomas no se dice nada, ni de su aspecto, no hay ninguna caracterización a lo largo de la novela. Procedimiento semejante al que Joseph Conrad utilizara en su novela *Nostromo* (1904), en la que el héroe no era caracterizado apenas por un *suplemento*, “un bigote”. Nostromo era relatado de modo semejante a los mitos y el héroe, sin rostro tangible, era así asimilado a la mitología idealizada. No obstante, Blanchot parece utilizar el procedimiento para invertirlo, pues Thomas no es un héroe, sino antes bien un “antihéroe”; es un personaje, se dice en el capítulo VIII, “anónimo y sin historia”, completamente neutro y, sin embargo, se afirma, Thomas “perdura”. Thomas pertenece, pues, al tiempo de los relatos mitológicos, y la novela es, sin duda, una reactualización del lenguaje de los mitos. Pero los dioses que se metamorfoseaban son ahora hombres que se fragmentan, dando al significado mitológico de la metamorfosis un giro nuevo.

Como figura antiheroica y neutra, Thomas reúne además las características del enfermo: “Lo que inquietaba a Thomas era el estar recostado en la hierba y desear continuar allí largo rato, a pesar de estarle prohibida esta postura (*“Cette position lui fût interdite”*, Blanchot, 1950: 14). Incluso se puede afirmar que Thomas posee los trazos del demente, del enfermo en general, como figura intermedia entre el ser y el no-ser, que reúne el doble de la muerte y la vida, esto es, los rasgos del sujeto que lleva la marca de la muerte pero que la ha superado (“Thomas perdura”). Es el personaje doble y contradictorio. Este doble movimiento es descrito a través de una tropología antitética y una serie de expresiones paradójicas. Así, por ejemplo, Thomas es el que no es capaz de moverse “si no es por el deseo de no andar” (Blanchot, 1950: 13).

Según expone Manuel Asensi en su ya citada *Historia de la teoría de la literatura*, para Blanchot la obra literaria es en sí misma “un

proceso de contradicciones”, en una línea que después seguirán las deconstrucciones de Derrida, de Man o Hillis Miller (Asensi, 2003: 357), tropología paradójica que también Michel Foucault habría señalado, si bien no sólo en la literatura, sino también en textos históricos o políticos⁴.

Thomas representa la alegoría del lector que arrastra la lectura como signo de muerte. Dos capítulos de la novela son cruciales para la comprensión de la alegoría: el primer capítulo leído en paralelo⁵ con el capítulo cuarto⁶. Se trata de una simbología reconocible y tradicional: el mar como muerte, pero aquí se reescribe el tópico del mar ahora como texto y como muerte (o nada). Términos en los que Blanchot había descrito la literatura en sus

⁴ Se ha desarrollado en el estudio de la tesis doctoral cómo los logoi que Foucault utiliza en sus estudios políticos y éticos proceden de una conceptualización tropológica del lenguaje que tiene lugar ya en sus primeros textos sobre literatura. Consúltense: *El Logos doble. Una introducción al pensamiento estético-literario de Michel Foucault*, Universidad de Granada, Granada, 2005.

⁵ Esta construcción en paralelo caracteriza toda la novela; estructuración que puede ser interpretada desde la relación amorosa que mantienen los protagonistas, Thomas y Anne, relación igualmente “en paralelo”, pues los personajes siempre permanecen tan cerca y tan infinitamente alejados. Esta misma estructuración de paralelismo a través de la yuxtaposición la desarrolla también Blanchot en otra novela: *L'attente l'oubli*, estructura que se anuncia desde el mismo título.

⁶ La coincidencia de ambos capítulos se puede confirmar desde la estructuración temporal del relato, que en el capítulo quinto aclara que se trata de la segunda noche y no de la tercera, de modo que ambos capítulos pertenecen al relato de la misma noche.

Pero, sin duda, la clave se encuentra en la versión anterior de la novela, de 1941, en la que aparecen las palabras que Thomas leía en su habitación (cap. IV): “Il descendit sur la plage: il voulait marcher” (1941: 21), son las palabras sobre las que Thomas experimenta las sensaciones que son descritas en el capítulo primero.

ensayos (*L'espace littéraire*, 1955; *L'écriture du désastre*, 1980). La literatura era el signo de muerte, el borramiento de cualquier otra identidad diferente a la suya propia, a su propio ser (el ser de la literatura).

En este primer capítulo, Thomas contempla el mar, hasta que, “como otras veces”, se dice, se introduce en él. Pero ésta no será como otras veces: “Hoy había elegido un itinerario nuevo” (Blanchot, 1950: trad. 9). Incluso se advierte en el mismo capítulo sobre la construcción alegórica, que a modo de visión onírica está más cercana al pensamiento que a la realidad: “una nube había descendido sobre el mar y la superficie se perdía en un resplandor que *parecía la única cosa verdaderamente real* [...] quizá le hubiera bastado dominarse para escapar a tales *pensamientos*”⁷ (Blanchot, 2002: 9).

Este mar-texto contrasta con la metáfora/metonimia elegida para representar al lector, a Thomas: el “ojo” del lector. El ojo como órgano intermedio entre la percepción de lo externo y la abstracción del pensamiento, ha sido privilegiado por la tradición metafísica como el órgano sublime, “a través de los ojos, camino natural hacia el alma” (Platón). De modo que el Thomas observador/nadador es también el Thomas lector, representado en ambos capítulos paralelos a través de la metáfora epistemológica del ojo activo/pasivo, el ojo que mira y es mirado:

Una auténtica niebla le nublabla la **vista** y distinguía cualquier cosa en aquel vacío turbio que sus **miradas** atravesaban febrilmente. A fuerza de **mirar**, descubrió un hombre que nadaba a lo lejos, medio perdido bajo el

⁷ Las cursivas y negritas son mías.

horizonte. A semejante distancia el nadador se le perdía continuamente de **vista**. Lo **veía**, dejaba de **verlo**, y sin embargo tenía la sensación de seguir todas sus evoluciones: no sólo de percibirlo perfectamente en todo momento, sino incluso de sentirse cerca de él de un modo particularmente íntimo y como no hubiera podido estarlo por ningún otro contacto. Permaneció largo rato **observando** y esperando aquella **contemplación** algo dolorosa, algo que era como la manifestación de una libertad obtenida por la ruptura de todos los lazos. Su semblante se turbó y adquirió una expresión inusitada⁸ (Blanchot, 1950: trad. 11-12).

Thomas se quedó leyendo en su habitación. Estaba sentado, con las manos enlazadas sobre la frente, los pulgares apoyados contra la raíz de los cabellos, tan absorto que ni se inmutaba cuando alguien abría la puerta. Los que entraban y veían el libro abierto siempre por las mismas páginas, pensaban que fingía leer. Pero leía. Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba, ante cada signo, en la situación en que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. **Uno y otro se observaban**. Las palabras, extraídas de un libro que cobraba una fuerza mortal, ejercían sobre la **mirada**, que las tocaba, una atracción dulce y placentera a la vez. Una a una, como un **ojo** medio cerrado, se dejaban penetrar por la intensa **mirada** que en otras circunstancias no habrían soportado⁹ (Blanchot, 1950: cap. IV, trad. 21).

⁸ Las negritas son mías.

⁹ Las negritas y cursivas son mías.

Thomas es, entonces, el lector que contempla, que lanza su vista sobre el mar/texto, hasta que el texto *lo atrapa* y lo atrae *como una sirena con su canto*, y hace del “como si” la experiencia del texto en el lector: Thomas que lee el texto sobre el nadador, que cree ver al nadador a lo lejos, que se piensa a sí mismo nadador, metamorfosis del lector atrapado por la palabra y *desposeído de sí*. La experiencia del lector no es, por tanto, en el texto de Blanchot una experiencia activa del lector sobre el texto sino que, al contrario, es el texto en el que Thomas, el lector, deja de *sentir(se)*, el texto en el que el lector *se pierde*. La experiencia no es ya la experiencia tradicional de la lectura. El lector que elige ese otro itinerario descubre la experiencia autónoma y desgarradora de la escritura, el ser de la escritura indiferente, falso interlocutor del que no es posible recibir ningún signo de complicidad (Blanchot, 1950: trad. 21), texto huérfano como sentenciaba Derrida (“La Farmacia de Platón”, *La Diseminación*, 1975).

Thomas se deslizó, pues, por aquellos pasillos, indefenso, hasta que fue sorprendido por la intimidad de la palabra [...] El **lector** consideraba felizmente aquella chispa de vida que no dudaba haber avivado. Se veía con placer en aquel **ojo que le veía**. Su placer se hizo incluso demasiado grande [...] Percibió toda la extrañeza que había en ser observado por una palabra como por un ser vivo, y no únicamente por una palabra, sino por todas las palabras que habitaban en aquella palabra, por todas aquellas que la acompañaban y que, a su vez, contenían en sí mismas otras tantas palabras, como una procesión de ángeles desplegándose al infinito hasta el **ojo** de lo absoluto.

Lejos de apartarse de un texto tan bien defendido, se entregó con todas sus fuerzas a apropiárselo, rehusando obstinadamente retirar la **mirada**, creyendo ser todavía un lector profundo, ***cuando ya las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle***¹⁰ (Blanchot, 2002: 21-22)

La experiencia de la lectura de Thomas es la del lector que si bien al principio quiere hacer suyo el texto, dominarlo, éste escapa a cualquier gobierno y a cualquier ímpetu de fijación semántica, de modo que sólo es posible dejarse transformar por el texto, no apoderarse del mismo desde fuera. Así pues, esta lucha entre las palabras y el lector pone en evidencia que la concepción, hasta el momento, de la relación entre ambos era siempre de posesión. Pero aquí, a la inversa, es el texto el que *posee* al lector, ninguna proyección psicológica es posible, el ser de la literatura se adueña del ser del lector. El ser del lenguaje posee al lector, “con una naturaleza totalmente otra”, con un ser que es un no-ser, al tiempo que el lector le otorga a la literatura su ser, si bien esta dependencia lector-texto procede de la herencia fenomenológica de Blanchot, como se advertía al comienzo. Así lo confirmaba el autor en *L’espace Littéraire*:

Toda lectura [...] es una toma de posición que lo anula para volver la obra a sí misma, a su presencia anónima, a la afirmación violenta, impersonal, de que es [...] De algún modo, el libro necesita al lector para convertirse en estatua, necesita al lector para afirmarse como cosa sin autor y también sin lector. Hace que el libro se con-

¹⁰ Las negritas y cursivas son mías.

vierta en algo más allá del hombre que la ha producido. (Blanchot, 1955: trad. 181).

Así pues, Thomas, el lector, ofrece ser su ser al lenguaje. Desposeído, ser doble, Thomas es la experiencia *de* la lectura *otra*:

Durante horas permaneció inmóvil, con la palabra *ojos*, en el lugar de los ojos: estaba inerte, fascinado y desnudo. Incluso más tarde, cuando entregado a la contemplación del libro se reconoció con desagrado bajo la forma del texto que leía, estaba convencido de que en su persona, privada ya del sentido, habitaban palabras oscuras, almas descarnadas y ángeles de palabras que le exploraban afanosamente, mientras encaramadas sobre sus hombros la palabra *Él* y la palabra *Yo* iniciaban la masacre (Blanchot, 1950: trad. 22).

Consecuentemente, de la obra de Blanchot se va a derivar una ontología de la literatura en la que, a la inversa que en Heidegger y después en Gadamer, no es el ser del mundo el que se muestra en el lenguaje, es el ser mismo del lenguaje el que “posee” al lector. Blanchot entrega el ser al lenguaje y no el lenguaje al ser, y la ontología sólo puede ser ya posible dentro del lenguaje, de la literatura, y quizás también de la filosofía que tiene *posibilidad* pero no *poder*. Leer es para Blanchot un decir *Sí* que restablece el ser de la obra.

De modo que esta novela pertenece al proyecto blanchotiano – aunque también foucaultiano – de la “ontología de la literatura” en la que se insertarían textos de una literatura que desplegaría el ser del lenguaje más allá del lenguaje como expresión de una realidad mimetizada o de un yo-autor. El lenguaje literario se

independiza por tanto, obtiene un grado de autonomía que no poseía, sin perder, no obstante, la necesaria relación con el lector, a través del que consigue vivificarse. Literatura que no admite una posesión de la escritura por el yo.

El acto de lectura no es ya posible como un acto de proyección de la subjetividad, pero tampoco supone el restablecimiento de ninguna escritura originaria, es decir, escapa igualmente a la metafísica de la presencia. Como afirma Antonio Aguilar en “Blanchot: retórica y escritura”: “No hay ninguna relación de presencia entre escritura y lectura, la lectura no devuelve a un presente la escritura, lo mismo que la escritura no remite a ninguna presencia” (Mora, 2002: 55-66).

“Thomas el oscuro” es un personaje que no siente la realidad que le rodea, ni el agua, ni los torbellinos ni las ráfagas de aire, un hombre incluso privado del gusto, que duda de todo eso en lo que debería ser evidente creer. Thomas ha perdido sus atributos de humanidad en la escritura, su ser concreto. El texto, la lectura, como muerte del sujeto. Muerte doble: la del sujeto y la muerte de la literatura moderna como el lugar de la identidad, desde que Petrarca y su *Cancionero* inaugurara la literatura del yo y poco después la identidad de la literatura como tal. El reconocimiento de la propia identidad hacía posible la creación de la literatura como concepto (que no de la literatura como género lingüístico diferenciado). La lectura en Blanchot, por lo tanto, no sólo se enfrentaría al concepto de autor tradicional que perdura en sus obras, sino también al concepto de lector clásico que busca reconocerse en cada lectura, y por lo tanto redefine los parámetros de la literatura misma. Frente a la experiencia de la escritura, esta novela expone la experimentación de la letra en el lector. Al contrario que la explosión romántica del yo que hacía una introspección del paisaje, aquí es la visión la que atrapa al que contempla:

Mientras nadaba, se abandonaba a una especie de ensueño en el que se confundía con el mar. La embriaguez de salir de sí, de deslizarse en el vacío, de dispersarse en el pensamiento del agua, le hacía olvidar toda inquietud (Blanchot, 2002: 10).

Thomas, se *con-funde* con el afuera, su ser es entonces todo lo que *no es*, su exterior. La lectura hace que el lector pierda toda evidencia de su yo delimitado.

Cuando se puso a andar, daba la impresión de que no eran sus piernas, sino su deseo de no andar lo que le hacía andar [...] levantó la cabeza albergando una idea que le había estado rondando: fuera de él se encontraba algo parecido a su propio pensamiento que su mirada o su mano podía tocar (Blanchot, 1955: trad. 14).

Posiblemente esta concepción suponga el desarrollo de uno de los mayores temores platónicos. Según expresaba Platón en su discurso sobre la escritura y la escritura literaria (*Fedro*), la escritura imposibilita el desarrollo de la anámnesis como proceso de redescubrimiento del saber que se posee, esto es, la escritura interrumpe el “diálogo del alma consigo misma”, y enfrenta el lector a la escritura que nunca responde, diálogo *imposible* del yo con la escritura (“la lectura no es una conversación”, afirmaba Blanchot). De este modo, verdad y palabra se separan también definitivamente.

Consecuentemente, también la subjetividad del lector queda transformada en su encuentro con el texto. Como se relata en el capítulo IV, tras haber concluido Thomas su “experiencia de la lectura”, su transformación es radical: Thomas ha sufrido las metamorfosis a las que la lectura le ha inducido y ha introdu-

cido en sí el signo de la muerte. Efectivamente, como se decía al comienzo, los rasgos de la enfermedad bajo los que Thomas se descubre en la novela son los signos de un ser doble, entre la vida y la muerte, que la lectura convoca en el ser de la literatura. He aquí la “alegoría de la lectura” que Blanchot desarrolla en la novela: el lector, como antes el autor de la obra, pierde la soberanía sobre el texto y es éste el que muestra su ser, si bien, esto es sólo posible por el acto de la lectura y el ser del lector que revivifica el texto y su ser. Todo lo cual provoca en el lector no ya un extrañamiento por la desautomatización que la literatura realizaría del mundo, como afirmaban los formalistas, sino un extrañamiento de sí mismo, del propio ser del que ha sido desposeído en “la experiencia *de* la lectura”. Pues el ser del lenguaje sólo es posible en una apropiación del ser del lector. La experiencia de la lectura *en* Thomas es un claro ejemplo, pues las palabras escritas “absorben” el ser de Thomas, *lo enferman*, hacen que su pensamiento circule como las otras realidades. Por lo tanto, el ser del lenguaje convive con el pensamiento pero no pertenece a éste, posee una autonomía aterradora.

La lectura, entonces, no es mera comunicación de un sentido, sino exposición del lenguaje en su ser, y el lector la evidencia de este ser desplegado en el suyo propio. Será, al tiempo, el lugar de una nueva identidad, o la imposibilidad misma de ésta. Este yo que desaparece, el “ser en la nada”, pero no un yo débil, no es, como temía Platón, un yo que teme a la muerte, sino que se alía con ella: “recibía la muerte de mi misma existencia y no de la ausencia de la existencia”¹¹. Así lo afirmaba Michel Foucault en el texto que dedicaba a Blanchot:

¹¹ Sobre todo, véase a este respecto los capítulos finales X y XI, que no van a ser tratados aquí, en los que se relata la muerte de Anne.

El lenguaje [...] ya no es discurso ni comunicación de un sentido, sino exposición del lenguaje en su ser bruto, pura exterioridad desplegada; y el sujeto que habla (*que lee*) no es tanto el responsable del discurso, como la inexistencia en cuyo vacío se prolonga sin descanso el derramamiento indefinido del lenguaje (Foucault, 1966: trad. 11).

Este “pensamiento del afuera” es pensamiento que piensa al lector, es el ser deshabitado que no posee significado propio, más que el que se le otorga, momentáneamente. El ser que habita por el acto de lectura y deshace la falacia de la autoconciencia, de la posesión del ser propio. Así pues, el ser del lenguaje va a estar siempre en suspenso, uno y múltiple, repitiéndose siempre otro (en otro), multiforme, es el signo del ser doble, siempre el mismo y muchos: infinito en su repetición siempre otro y uno en su materialidad. El ser del lenguaje, por tanto, se une indisolublemente a la repetición y a la imposibilidad de decir de otro modo, otra cosa, al instante congelado y al infinito de sentido que se deriva, históricamente. Ser múltiple sólo posible gracias a estas múltiples lecturas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIRRE, Roberto (2005), “El eje temporal en la asimetría de la interacción texto-lector: una lectura a partir de Iser”, *Especulo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/textlect.html>
- BLANCHOT, Maurice (1950), *Thomas l'obscur. Nouvelle version*, Paris, Gallimard, (ver. esp. Manuel Arranz, Valencia, Pretextos, 2002).

- (1992), *El espacio literario*, Paidós, Barcelona.
 - (1999), *La bestia de Lascaux. El último en hablar*, Tecnos, Madrid.
 - (2001), “Lo extraño y el extranjero”, *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, noviembre-diciembre (49), pp. 80-86.
 - (2002) “¿Quién?”, en “Maurice Blanchot: tres escritos y una entrevista”, Antoni Mora (coord.), “Maurice Blanchot. La escritura del silencio”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, 192-193, pp. 28-39.
- CLARK, Timothy (1992), *Derrida, Heidegger, Blanchot. Sources of Derrida's notion and practice of literature*, Cambridge University Press, Cambridge.
- DE MAN, Paul (1991), *Visión y ceguera*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.
- (1990), *Alegorías de la lectura*, Lumen, Barcelona.
- FOUCAULT, Michel (1966), *El pensamiento del afuera*, Pre-textos, Valencia, 2000.
- HUREZANU, DANIELA (2003), *Maurice Blanchot et la fin du mythe*, Presses Universitaires du Nouveau Monde, New Orleans.
- KAUFMAN, Eleanor (2001), *The delirium of Praise. Bataille, Blanchot, Deleuze, Foucault, Klossowski*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London.
- LEVINAS, Emmanuel (1975), *Sur Maurice Blanchot*, Fata Morgana, Montpellier, (vers. esp. Julio A. Pardos y José M^o Cuesta Abad, Madrid, Trotta, 2000).
- MORA, Antoni (coord.) (2002), “Maurice Blanchot. La escritura del silencio”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, 192-193, Barcelona.
- RUIZ SAMANIEGO, Alberto (2002), “Maurice Blanchot: una estética de lo neutro”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, 192-193, Barcelona, pp. 103-112.

- SCHULTE NORDHOLT, Anne-Lise (1995), *Maurice Blanchot. L'écriture comme expérience du dehors*, Librairie Droz, Genève.
- VARELA, Julia *et alii* (dir.) (2001), "Pongamos que se habla de Maurice Blanchot", *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, noviembre-diciembre (49), Barcelona.